

Paces con buena intencion procuradas por Andrés de Cabrera, empleado en el palacio del Rey y esposo de Doña Beatriz de Bobadilla, la antigua amiga y compañera de Doña Isabel, ajustáronse entre D. Enrique y su hermana, llegando hasta el punto de que el primero recibiese á la segunda con tanto afecto en Segovia que salió á pasear á su lado, llevando la brida de su palafren por las calles de la ciudad. Pero no podia esta paz ser muy duradera. Indignamente escitadas en el ánimo del monarca bajas y calumniosas sospechas acerca de los deseos de Cabrera, suponiendo que éste intentaba asesinarle, no solo volvió á su antiguo desvio, sino que llegó hasta querer apoderarse secretamente de la persona de su hermana, intento que burló la prudencia de ésta y la fidelidad de sus leales.

Sucedieron á estos acontecimientos otros mas graves en Aragon, que reclamaron de nuevo la presencia de D. Fernando en aquellas comarcas y apenas ajustada una tregua entre los franceses y los de Aragon, la muerte de Enrique IV, estinguendo la linea varonil de la casa de Trastamara, facilitaba el acceso al trono á Doña Isabel, dándole ocasion de desplegar las altas dotes de su genio privilegiado.

III.

Hallábase en Segovia la ilustre princesa, y al tenerse noticia de la muerte de Enrique IV, apresuráronse á proclamarla Reina de Castilla todos los que formaban su pequeña corte y los vecinos de la ciudad, lo cual hicieron solemnemente el día 12 de Diciembre de 1474. Reunidos á la grandeza el clero y el Concejo, vestidos todos de gran gala llegaron al alcázar, y colocando en medio de ellos á Doña Isabel se encaminó la comitiva á la plaza Mayor. Vestida la noble señora con el traje real, montaba un soberbio palafren, cuyas riendas llevaban dos

individuos del Concejo, precediéndola á caballo el alférez mayor con la espada desnuda como simbolo de la soberania. Iba la Reina bajo un rico palio de brocado cuyas varas llevaban oficiales de la ciudad, alternando con caballeros de la nobleza, y cerca de ella marchaba D. Fernando cuyo traje cubria un magnifico manto de hilo de oro, forrado en ricas pieles de marta. Al llegar la comitiva á la plaza, subió Doña Isabel á un tablado, de antemano erigido, sentóse en el trono, y proclamaron los heraldos en alta voz: «¡Castilla, Castilla, por el Rey D. Fernando y la Reina Doña Isabel, reina propietaria de estos reinos!» Desplegóse al mismo tiempo el pendon de Castilla, y las campanas de los templos y las salvas de la artillería del alcázar y los vitores entusiastas de la multitud, formaron con indescriptible estruendo alegre concierto, para saludar á la futura soberana de dos mundos. Recibido el juramento de homenaje y de fidelidad de sus súbditos, y prestado por la Reina el de guardar ilesas las libertades de su pueblo, descendió del tablado, y con el mismo acompañamiento dirigióse solemnemente á la catedral donde mientras se cantaba un solemne *Te-Deum* en accion de gracias al Todopoderoso, se prosternó Doña Isabel ante el altar mayor, y con toda la fé que animaba su espíritu, pidió al Ser Supremo la iluminase en sus resoluciones futuras, á fin de llenar cumplidamente con justicia y sabiduria los grandes deberes del alto puesto que la Providencia le confiaba.

Las ciudades mas populosas y los principales grandes y nobles siguieron el ejemplo de Segovia, y alzaron pendones por Doña Isabel, abrazando su causa hasta cuatro de los seis magnates á quienes habia quedado confiada la guarda de la infortunada *Beltraneja*; y queriendo la Reina que el elemento popular, verdadero fundamento de su soberania, confirmase su elevacion al trono, convocó las cortes para Segovia en el siguiente mes de Febrero, las cuales reunidas dieron su sancion á estos hechos prestándola juramento y homenaje ¹.

¹ Mariana tomo II. Los cuatro nobles que de los seis á quien el último monarca habia confiado la guarda de Doña Juana, siguieron el partido de Doña Isabel, fueron: el gran Cardenal de España, el Condestable de Castilla, el Duque del Infantado y el Conde de Benavente.

No tardó mucho tiempo la nueva soberana en experimentar los sinsabores á que tan ocasionados son siempre tan altos puestos; y para que fuese mayor su sentimiento aquella primera amargura provino de su mismo esposo. Aduladores palaciegos, que no podian olvidar las debilidades de reinados anteriores, hicieron creer á D. Fernando que á él solo correspondia la corona de Castilla, como el varon mas inmediato descendiente de su estirpe real, queriendo aplicar á estos Estados el sistema de escluir á las hembras que regia en Aragon. Tales y tan estrañas pretensiones no pudieron menos de producir profundo pesar á la Reina, y estrañeza y disgusto á sus leales partidarios, que recordaban con razon haber regido siempre opuesto principio en Castilla, por lo que no era justo ni leal que se quebrantase entonces por primera vez sin razon ni motivo en perjuicio de la ilustre princesa. Prudente esta siempre, deseando complacer en cuanto no fuera opuesto al derecho y la justicia á su esposo, y no queriendo al mismo tiempo que marcharan desunidas voluntades que habian de estar siempre en perfecto acuerdo para la realizacion de los grandes desig- nios á que ambos principes estaban llamados, convino en un arreglo á la manera del que habia servido para los contratos matrimoniales, cuyas principales bases fueron: que la justicia se administraria por D. Fernando y Doña Isabel de mancomun, cuando se hallasen juntos, é independientemente cuando estuviesen separados; que las cartas y provisiones reales irian firmadas por ambos; que las monedas llevarian los bustos de uno y otro, y los sellos reales las armas de Castilla y de Aragon reunidas; que los cargos municipales y los beneficios eclesiásticos se proveerian en nombre de los dos, pero á voluntad de la Reina; que los oficios de Hacienda y las libranzas del Tesoro se espedirian por la Reina tambien; y que á ella sola prestarian el homenaje los alcaides de las fortalezas y castillos ¹.

Firmó Fernando el convenio, que era á la verdad resultado del arbitraje del Cardenal de España y del arzobispo de Toledo, nombra-

¹ Dormer: discursos varios de historia; Zurita, anales de Aragon; Pulgar, reyes católicos. Lucio Marineo-Siculo. cosas memorables.

dos de comun acuerdo; los cuales al estender las referidas cláusulas fijaron como precedente indudable, que la exclusion de las hembras para suceder en la corona no tenia lugar en Castilla, y que en su consecuencia era Doña Isabel la única heredera de estos dominios, y la autoridad que tuviera D. Fernando derivada solo de su esposa. Aunque firmó D. Fernando el concierto, lejos de quedar satisfecho con aquella distribucion de poderes, mostróse tan disgustado, que, dando claras y tempranas muestras de no hallarse ni con mucho la elevacion de su espíritu al nivel del de su esposa, llevó su enojo hasta el punto de amenazar con volverse á Aragon. Necesaria fué toda la prudencia de Doña Isabel, que tan rudamente se veia herida en sus mas dulces ilusiones por el hombre á quien amaba para resistir tan terrible prueba; pero ahogando su justo sentimiento, de tal modo supo con su ternura tranquilizar á su ambicioso marido, esponiéndole que aquella division de poderes era solamente nominal, puesto que sus intereses eran comunes y sus voluntades habian de marchar siempre unidas, que aquietado el ánimo del orgulloso Fernando avinose al fin, teniendo no poca parte en ello el sentimiento paternal diestramente puesto en juego por la Reyna; pues le hizo esta ver, que si se admitia el principio de la exclusion de la hembras á la corona, perjudicarian á la única hija que entonces tenian, la princesa Isabel que por la muerte de sus padres podria ser llamada á la herencia del trono castellano.

No bien terminada esta primera contrariedad, agrupáronse en el horizonte nuevas tempestades, que habian de poner á prueba todo el esfuerzo, toda la prudencia, todos los recursos de aquella inteligencia privilegiada. Una bandera de discordia habia quedado levantada á la muerte de Enrique IV, como para que á su sombra se agrupasen los ambiciosos y los descontentos, que, acostumbrados á los desórdenes del reinado anterior, no podian ver tranquilamente la nueva era de severidad y de justicia que comenzaba. La hija problemática del difunto Rey, Doña Juana, tan pronto reconocida, tan pronto negada por su padre, era el inocente pretesto que tenian para levantarse algunos envidiosos magnates. Pocos á la verdad, pero de gran poder é influen-

cia en Castilla, eran los principales el Marqués de Villena, menos hábil para la intriga que su padre, pero mas intrépido, y resentido de los nuevos monarcas por haberle negado el gran maestrazgo de Santiago que pretendia heredar; el Duque de Arévalo, cuyos cuantiosos bienes ocupaban gran parte de Castilla y Estremadura; el jóven Marqués de Cádiz; el gran mestre de Calatrava y su hermano; y por último el inquieto y altivo Arzobispo de Toledo D. Alfonso Carrillo, que despues de haber sido el mas celoso partidario de Isabel, abandonó su causa por celos del Cardenal de España, cuyo talento y cuyas virtudes miraban con justo aprecio los jóvenes monarcas. El envidioso prelado se retiró de la corte, sin que bastasen á hacerle deponer su amenazante actitud cuantas amistosas gestiones hizo la prudente Reina para conseguirlo ¹.

Queriendo el partido de Doña Juana buscar un valedor poderoso, ofrecieron al caballeresco Alfonso V de Portugal la mano de la Beltraneja, que aceptó con tanto mas entusiasmo cuanto que con ello se le proporcionaba motivo de aparecer como el campeón de una princesa desgraciada y como conquistador de una corona que esperaba ceñir á su frente. Presuntuoso en demasia y sin seguir mas consejo que el de su ambicion, intimó arrogantemente á los reyes para que renunciasen la corona; y Doña Isabel despues de rechazar dignamente tan ofensiva propuesta, no queriendo que se malgastasen en luchas intestinas, esfuerzos que debian dirigirse solo contra un enemigo comun, y deseando evitar á sus pueblos, á quienes amaba como madre, los horrores de una guerra civil, dirigió diferentes embajadas al portugués, exhortándole con moderadas frases y con prudentes razones apoyadas en la justicia de su causa, á que desistiese de tan loca empresa.

A pesar de tan nobles esfuerzos, D. Alfonso declaró la guerra sin escuchar otro consejo que el de su ambicion, é invitando al Rey de Francia á que entrase á su vez en España por la parte del Norte, prometiendo dejar bajo su dominio todo el territorio que conquistare,

¹ La fuente. Historia de España, citando en el archivo de Simancas *diversos de Castilla*, núm. 9.

traspasó la frontera portuguesa por Estremadura en la primavera de 1475 al frente de un ejército de catorce mil infantes y cinco mil setecientos caballos. Lo mejor de los caballeros portugueses formaban el séquito del Rey, y avanzando á Placencia, donde se la incorporaron el Duque de Arevalo y el Marqués de Villena, celebró esponsales con Doña Juana; despachó mensajeros á Roma pidiendo la dispensa matrimonial, y dando por hecha la conquista, hizo le proclamasen en union de su esposa por Rey de Castilla; envió sus cartas reales á las ciudades; celebró fiestas por su coronacion, y esperó tranquilo en Arévalo nuevos refuerzos de los castellanos. En mala ocasion llegaba aquella injusta campaña para la legitima Reina de Castilla y Leon. Empobrecido sino exhausto del todo el tesoro público por las dilapidaciones é irreflexivas larguezas de Enrique IV; esquilma dos los pueblos por las derramas, vejaciones y robos con que los affigian, asi los oficiales reales como los codiciosos próceres, y no apercibidos los reyes para una guerra que venia á complicar las dificultades y conflictos del interior, logró no obstante Doña Isabel, merced á su extraordinaria actividad y secundada por muy leales servidores, reparar la falta de recursos metálicos y de aprestos para la guerra, convenciendo al Rey D. Alfonso, de que no era una marcha triunfal aquella campaña, cual le habían prometido los parciales de la Beltraneja. Ni lo peligroso del estado en que Isabel se hallaba, pues encontrábase á la sazón en cinta, ni los rigores de la estacion que era la mas ardiente del estío, ni la escasez estremada de medios para dar cima á la empresa, fueron bastantes á quebrantar el ánimo de la Reina, la cual siempre en movimiento, tan pronto á pié como á caballo, apareciendo con pasmosa presteza en los puntos de mayor compromiso, viajando de dia, escribiendo de noche, vigilando siempre, en todas partes se encontraba, á todo atendia; y mientras entregábase al descanso presuntuosamente en Arévalo D. Alfonso, reunió aquella gran señora como por encanto en Valladolid un poderoso ejército compuesto de cuatro mil hombres de armas, ocho mil ginetes, y treinta mil peones, gente allegadiza, es verdad, pero llevada á las banderas